

LA VIRGEN DEL CORO

AHORA que triunfalmente ha recorrido la excelsa Patrona de Donostia las calles del antiguo y primitivo barrio y las amplias vías de los dos ensanches, cruzando por vez primera la espaciosa Avenida, han de comentarse con cierto interés las noticias que se conservan de tan venerada Imagen, y a este propósito nos parece oportuno recordar algunos pormenores que con su pintoresco lenguaje refería en 1761 el presbítero D. Joaquín de Ordóñez.

La misma relación en que se atribuye el principio del culto pública a la Santísima Virgen del Coro, aunque la crítica histórica pondría algunos reparos, tiene, sin embargo, cierta simplicidad atractiva y piadosa, y está en armonía por otra parte con la leyenda arraigada en el pueblo donde estaba extendida como tradición inveterada, agregándose que el fraile actor principal del suceso era un religioso dominico del vecino Convento de San Telmo, convertido hoy en parque de artillería.

Oigamos, pues, algunas de las referencias del presbítero Sr. Ordóñez:

«.....esta Señora se llama del Coro porque estaba en él por remate del facistol (donde hay otra al presente); un venerable religioso la tenía tanto amor que la visitaba diariamente y porque era mucha molestia subir al Coro tantas veces y que tendría más descanso y más frecuente gusto en tenerla en su celda se determinó a sacarla de su antiguo sitio ocultándola en la manga y llevársela, quiso salir por una puerta y por superior impulso no pudo dar un paso, y hallándose sorprendido echó por otra puerta y le sucedió lo mismo en ocasión en que entraban los Beneficiados a vísperas, y hallando a dicho Padre tan

embarazado y suspenso, confesó de plano su culpa y sacándola de su manga dicha imagen determinaron colocarla en el altar mayor donde se conserva; es una Señora tan pequeña que cabía en la manga del Padre; tiene de alto una tercia, es morenita y tiene un niño con la mano izquierda en la boca como chupándose los dedos, pero es tan grande que en su adorno se gastan potosíes, tiene cadenas de oro, muchas joyas de diamantes, de esmeraldas y perlas, en sus vestidos no hay mejores de oro, plata y galones finos, y todo se lo merece porque es a quien esta Ciudad y su comarca acude en todas las necesidades y urgencias y apenas se trata de rogativa cuando se ha logrado el fin; el principal bienhechor de esta Santísima Imagen ha sido y es, la Real Compañía de Caracas, porque tiene asignadas porción de pesos de cada navío que de Caracas llega aquí, o a Cádiz, y los ciudadanos en vida y en sus testamentos tienen presentes los favores recibidos por la protección de esta portentosa imagen.»

No deja de llamarnos la atención el hecho que se apunta de que en el facistol donde antes estuviera la imagen del Coro, había otra imagen idéntica; por cuanto en el viejo facistol que actualmente existe en el coro, no se encuentran trazas ni vestigios de que haya habido jamás ninguna imagen, y parece extraño que existiendo esa piadosa tradición o costumbre relacionada con la exaltación en el culto de la Virgen del Coro, no haya perdurado a pesar de los cambios de facistoles que han podido registrarse en los años subsiguientes.

Porque no sólo se han cambiado los facistoles, sino que ni es el mismo el coro, ni lo es tampoco la iglesia.

De tres iglesias hay noticia de haber existido en el mismo lugar que hoy se alza la tercera. Se ignoran detalles de la primera; la segunda sabemos que era muy parecida a la iglesia de Guetaria, declarada hoy monumento nacional, que tenía un claustro de mucho carácter dentro de la arquitectura ojival que dominaba en todo el templo, y cuya torre única estaba separada del cuerpo de la iglesia. Nada diremos de la tercera iglesia porque Donostia tiene la suerte de poder exhibirla como su mejor ornato de carácter religioso.

Cuando el P. Ordóñez redactaba las noticias que han dado pie a estos comentarios se estaba construyendo la iglesia tercera que ahora conocemos sin haberse demolido por completo la anterior, pues dice: «los pilares antiguos están en pie, y a la vista porque sirven para sostener tantos andamios, además de que no estorban hasta la terminación».

Explicaba el motivo de la erección de la tercera iglesia en esta forma:

«La de Santa María era en lo antiguo de tres naves estrechas en bóvedas y pilares y porque no flaquease la rodearon de tablas y sobre ellas fuertes arcos de fierro (que hoy está a la vista); mas como se consideró de poca duración se trató de demoler dicha iglesia y en el mismo sitio se ha hecho otra mayor, también de tres naves de sillería preciosamente labrada, airosa arquitectura, mucha talla de gran gusto, la parte de hacia los pies está fenecida y de ella se sirve toda la feligresía.....»

Cuando escribía, pues, el presbítero Ordoñez, había desaparecido para el culto la anterior iglesia ojival y se servían de «la parte de hacia los pies» de la nueva iglesia; esto es, la parte del coro, del coro actual precisamente, en cuyo facistol debía conservarse una imagen similar a la venerada del Coro.

Por eso nuestra extrañeza de que en los cambios de facistoles que hayan podido ocurrir en ese mismo coro, no perdure lo que vió el presbítero Ordóñez allá en 1761.

Desde luego que no fué en el coro de la iglesia actual donde ocurrió el prodigioso suceso, pues al construirse ésta ya se había dispuesto el camarín, que al decir del repetido sacerdote era «una buena pieza con su media naranja».

El suceso debió ocurrir en la iglesia ojival, pues al disponerse la nueva edificación tenía la Virgen su culto fervoroso y popular, y a ello obedeció que en el proyecto se dedicara el puesto de preferencia al camarín en que se expondría a la veneración de los fieles.

Al referir que el suceso ocurrió en momentos en que los beneficiados iban al coro a vísperas, parece a primera vista que con ello se revela que el suceso ocurrió en día festivo.

Sin embargo, el doctor Camino afirma que los beneficiados de Santa María vivían en comunidad, ocupando departamentos situados en el claustro de la iglesia ojival; y que cantaban en público las preces diarias al estilo de las catedrales.

Por esta razón el suceso pudo ocurrir lo mismo en día feriado o no feriado, puesto que debieron cantarse indistintamente las vísperas en el coro del antiguo de Santa María.

Relacionados con el mismo asunto encontramos también más asuntos dignos de comentario en el folleto del presbítero Ordóñez, pero este artículo tiene ya bastante extensión y lo dejaremos para el siguiente.

LA VIRGEN DEL CORO⁽¹⁾

II

Entre las curiosas noticias que el presbítero D. Joaquín de Ordóñez facilita, relativas a esta Ciudad en 1761 y muy especialmente a las parroquias enclavadas en la misma, merecen mención extraordinaria las que se refieren a la augusta Patrona de Donostia, la Santísima Virgen del Coro.

De entre estas curiosas e interesantes noticias, vamos a reproducir los siguientes párrafos:

«.....la preciosa imagen del Coro está dentro de una urna de plata sobre columnas de plata que tiene como una vara de alto, toda sobredorada, además tiene esta Señora para sacarla por las calles unas andas de plata blanca con adornos de serafines, jarrones de bronce, dorados a fuego, que sobresalen mucho; del medio de estas andas se levanta un árbol cuyo tronco es Abrahán y a poco trecho salen cuatro ramas en las juntas, de ellas están cuatro Reyes sentados, todos de plata, con coronas y cetros dorados y en medio se levanta un trono de plata muy bien ejecutado, donde está puesta S. M. y toda esta altura es necesaria. Para ser imagen tan pequeña se muestra en la estampa que está puesta en el principio de esta relación y tiene por remate un arco de hermosas flores de mano; hicieron estas andas en la ciudad de Huesca por R. D., José Lastrada; y se estrenaron en Agosto de 59, pero cargó tanto el maestro la mano en la armazón y plata, que con llevarlo seis clérigos robustos, quedan molidos.»

Después de leer esta relación del presbítero Sr. Ordóñez, son inevitables la confusión y perplejidad, si se comparan los datos que aporta con el estado actual de la imagen.

(1) Véase EUSKAL-ERRIA, t. LXXVIII, pág. 372.

Indudablemente debe de haber confusiones de importancia, aparte de alguna inexactitud de expresión.

En el estado que actualmente conocemos, coinciden gran número de detalles; en cambio hay diferencias de bulto que se aprecian al primer golpe de vista.

Si lo que refirió el P. Ordóñez era algo distinto a lo que actualmente se conserva, por haber desaparecido lo primitivo en las luctuosas catástrofes que, en diferentes épocas posteriores a la relación, se se cernieron sobre nuestra Ciudad, ¿cómo explicarse las coincidencias?

Pero si lo actual es lo mismo referido por el citado presbítero, ¿cómo pudo separarse de la realidad con descripciones tan minuciosas?

Creemos nosotros que el Sr. Ordóñez confundió algunos elementos y no examinó bien otros, procediendo de ahí los errores a que hemos aludido antes.

Las andas pudieron ser distintas de las actuales, porque hoy se reducen a una base de madera en que constantemente descansa el trono de la venerada imagen, y a cuya base se agregan dos varas en los muy limitados casos en que la augusta Patrona de Donostia es sacada en la procesión.

Esa base de madera y sus varas pueden muy bien ser modernas, esto es, posteriores a la época en que el ilustrado presbítero hiciera su descripción.

Nos induce a ello la serie de detalles que cita y que no cabe atribuirlos a la fantasía.

Fijémonos en que dice que tiene «unas andas de plata blanca con adornos de serafines, jarrones de bronce, dorados a fuego, que sobresalen mucho» y observemos que hoy sobre la base de madera no hay adorno alguno de serafines, y aunque hay cuatro jarroncitos, éstos no «sobresalen mucho» porque son de tamaño diminuto, aunque proporcionado con el conjunto, y no son de «bronce dorado a fuego», sino de madera dorada y con flores artificiales.

Nos confirma más en nuestro criterio la noticia que da de su confección en Huesca y la fecha de su estreno, que fija en Agosto de 1759, dos años precisamente antes de la confección de la obra que nos ha servido de base para estos comentarios. Un suceso tan próximo a la fecha en que se escribió el libro, debió conocer con absoluta certeza el autor, dado su carácter sacerdotal.

Así, pues, creemos que la venerada imagen del Coro tuvo en tiem-

pos unas andas de plata, que desaparecieron y fueron sustituidas más tarde por las modestas de madera que ahora conocemos.

Otra prueba más. Dice el Sr. Ordóñez que esas andas las llevaban «seis clérigos robustos» y quedaban «molidos». Ahora las llevan cuatro y no necesitan realizar esfuerzos sobrehumanos.

No son, pues, las actuales andas las descritas por el Sr. Ordóñez.

Pero pasemos a la descripción del trono y leemos: «del medio de estas andas se levanta un árbol cuyo tronco es Abrahán y a poco trecho salen cuatro ramas en las juntas, de ellas están cuatro Reyes sentados, todos de plata, con coronas y cetros dorados».

Comparamos esta relación con el actual estado y encontramos, en efecto, un árbol, asomando en uno de sus lados una cara de cierto aspecto japonés, que será probablemente el Abrahán (?) citado por el Sr. Ordóñez, y a poco trecho cuatro ramas que arrancan del tronco y en las extremidades de aquéllas cuatro figuras de reyes con coronas y cetros dorados.

La coincidencia en lo que acabamos de comparar es de absoluta exactitud, y únicamente se separa lo actual de la vieja descripción, en la afirmación que sigue a los cuatro reyes sentados «todos de plata». Actualmente son de madera. Esa es la única diferencia en la relación antigua y el estado actual.

¿No puede haber en este extremo una confusión del Sr. Ordóñez, mal informado respecto de la materia en que estaban labrados los reyes? Creemos que sí, y deducimos en consecuencia que se conservan actualmente, en cuanto a los elementos que hemos citado, los mismos exactamente que describiera el ilustrado presbítero, allá por 1761. Claro está que habrá sufrido restauraciones inevitables, dados los aciagos tiempos que corrieron después de la fecha indicada, pero indudablemente que lo anotado es lo primitivo, lo que viera el Sr. Ordóñez.

Continúa este señor: «en medio se levanta un trono de plata muy bien ejecutado donde está puesta S. M., y toda esta altura es necesaria». No entendemos bien este párrafo, pero si a lo que se refiere al hablar del trono es al basamento en que descansa la Imagen, desde luego que el actual no es de plata, ni tiene nada de particular para ponderar su ejecución.

¿Habría antes algún trono de plata que fué sustituido más tarde por el actual? No nos atrevemos a responder a esta pregunta.

Lo que sí nos permitimos llamar la atención es respecto a la dispo-

sición en que actualmente se encuentra la Imagen, en la que desde luego se advierte la proporción adecuada con el camarín.

Este, el camarín, no ha variado; existía ya en tiempos del presbítero Ordóñez y de consiguiente todos los adornos, todos los agregados, todos los elementos complementarios debieron diferenciarse muy poco de los actuales en cuanto a sus dimensiones, so pena de descomponer las proporciones con respecto al camarín. Ello parece poco probable, pues lo que precisamente se admira en todas las partes que constituyen la grandiosa iglesia de Santa María es la impecable, exacta, ajustada proporción de todos los elementos componentes; y esta proporción ha debido mantenerse en lo que se refiere a la mística joya, embeleso de los donostiaras y principal preocupación de los técnicos y artistas que han intervenido en la iglesia de Santa María.

Por esa razón las modificaciones no han podido ser de bulto. Ha podido haber sustituciones, habría quizá en el pasado mayor riqueza, pero medidas mayores en los elementos que constituyen su adorno, lo dudamos mucho, y en ese sentido no creemos que hubiera espacio bastante para un trono cuyo labrado llamara la atención.

Al principio de su descripción nos dice el ilustrado presbítero citado: «la preciosa imagen del Coro está dentro de una urna de plata sobre columnas de plata que tiene como una vara de alto, toda sobredorada».

Aquí creemos encontrar un error de expresión. No creemos que la Imagen milagrosa estuviera encerrada en ninguna urna y nos induce a creer así, aparte de otras razones, la misma descripción del Sr. Ordóñez.

Creemos que llamó urna a lo que debió denominar arco. De ser urna ya hubiera citado algo más que las columnas, que no son, ciertamente, elementos indispensables para una urna. Por todo ello nos inclinamos a creer que se trata del arco, de un arco, si no el mismo, idéntico al menos al que hoy envuelve a la sagrada Imagen.

El arco actual descansa, en efecto, sobre dos columnas que no llegarán a una vara de alto, pero que dicho, como dice el autor «como una vara», no es ningún despropósito; como una vara escasa diríamos nosotros refiriéndonos a las actuales y coincidiríamos, seguramente, con el pensamiento del Sr. Ordóñez.

Las columnas que hoy soportan el arco no son de plata, son de madera dorada; y aquí puede muy bien creerse que las primitivas fue-

ran, en efecto, de plata, pero que más tarde hubieron de sustituirse por las actuales de madera.

El arco sí, es de plata, y hermosamente labrada, con atributos y adornos primorosos, y todo ello de bastante peso.

Esas columnas y ese arco debieron ser, pues, a nuestro juicio, lo que el ilustrado presbítero llamó urna.

Dice también que «tiene por remate un arco de hermosas flores de mano». Con esto querrá referirse seguramente a los arcos de flores artificiales de deplorable gusto artístico, que en mayor o menor número han venido hasta hace poco tiempo destruyendo el magnífico golpe de vista del hermoso camarín. Hoy por fin se ha impuesto el buen gusto y se han proscrito adefesios de trapo de deplorable efecto. En esto el cambio es evidente, pero de ello hemos de alegrarnos.

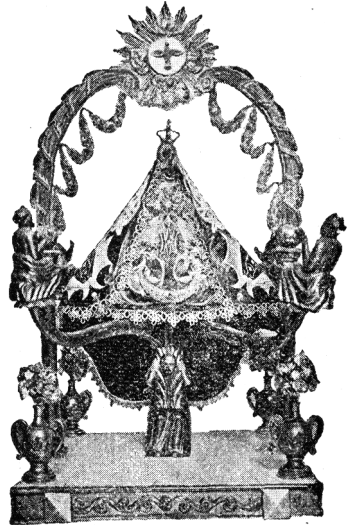
Anuncia el Sr. Ordóñez, en su obra, que la «estampa» de la Imagen «está puesta en el principio de esta relación». Figuraría seguramente a la cabeza del manuscrito, pero no aparece en la edición publicada.

En su lugar reproducimos la Imagen en su estado actual.

Fijándonos en el adjunto grabado, podremos cerciorarnos de cuanto Hemos expuesto en el presente trabajo.

Cotéjese la relación del Sr. Ordóñez con el grabado y se observará la coincidencia en cuanto a las líneas generales. La diferencia mayor estriba siempre en cuanto a la clase de materiales. Según el ilustrado presbítero, eran antes más ricos; casi todos los elementos eran de plata. Hoy, aparte del arco, domina en absoluto la madera.

¿Ha habido cambio de materiales? En cuanto a las andas nos inclinamos a creer que sí. Respecto a lo demás no nos decidimos a pasar de la duda.



Nuestra Señora del Coro.

PERU JUANCHO